

Fernando Alegria: 686330

“Los días contados”

Por Hernán del Solar

La Editorial Siglo XXI, de Méjico, entrega a los lectores del continente la última novela de Fernando Alegria. Será para todos una revelación. Y no, ciertamente, porque al autor se le desconozca y de repente aparezca con una venia de recién llegado. Su obra anterior es justamente admirada en sus múltiples aspectos: novela, cuento, poesía, ensayo. Su primer libro novelesco —“Lautaro”— fue premiado por la casa Farrar and Rinehart, de Nueva York, abriéndole un ancho camino que, recorrido con firme paso, le pone ahora junto a los novelistas hispanoamericanos que atraen la atención general con mayor fuerza. Su mejor acierto nos ha parecido a todos, hasta el momento, su celebrada novela “Caballo de copas”. De pronto, esta revelación de “Los días contados”. ¿Por qué revelación? Porque, superando a la mencionada, nos indica que el escritor tuerce hacia una nueva manera de novelar. Fernando Alegria no ha perdido sus antiguas y más estimadas cualidades: pero le añade, en este libro, otras de no menor importancia. Conserva la capacidad imaginativa, la fuerza para describir con la más grande economía de palabras una escena, una situación, y la gracia chilena, que le brota en cualquier instante y le afirma entre los mejores de los nuestros; pero aquí nos muestra, en su garra creadora, cueros y plumas que no se atrapan en los campos tradicionales de la novelística, porque están en los más nuevos, en los que hoy están abriéndose y tienen piezas de caza de origen reciente. Dicho con otras palabras el novelista se sale de las principales convenciones que configuraron sus narraciones conocidas y entra en nuevas formas, esas formas de la novela de hoy que a los observadores precipitados les hacen creer y asegurar que no son sino ausencia de forma. Sintetizando: Alegria es, con ánimo seguro, un novelista de hoy, de estas horas. Esto quiere decir —y lo subrayamos— que desecha el mundo novelesco en que se movía y se interesa por este otro, que es continuo ensayo, búsqueda incesante, invento.

¿Cómo puede advertirse sin grandes esfuerzos detectivescos este cambio? Nos parece, ante todo, que nada cuesta advertirlo echándole una mirada al lenguaje. No lo tenemos aquí en misión de reproducir la realidad externa y de comunicarla de modo que a nadie le quepa la menor duda de su autenticidad. Está en esta última novela, “Los días contados”, en actitud de crear una realidad, de fortalecerla, de ser su sangre y su latido.

También se repara en el cambio, a poco de leer, cuando sentimos que nos hallamos en un mundo inestable, que se forma de continuo, y que arrastra en sus bruscas mutaciones a seres y cosas de indeterminado destino. En las novelas anteriores Alegria nos hizo convivir con ciertos personajes muy detenidamente observados, dueños de una biografía señalada en sus principales etapas por hitos cronológicos evidentes; nos asiló en su mundo seguro, donde el pasado tenía bien marcadas sus fronteras, el presente era un puente hacia el porvenir que, cumpliendo su misión, le proporcionaba a la novela un desenlace atendible y hasta memorable.

“Los días contados” es mundo inseguro, inestable, que se hace y deshace en vuelcos vitales y no necesita, para justificarse, que se le compare con el mundo real. Estamos en un mundo, en una realidad de novela. Los elementos que forman este mundo real son los mismos que conocemos en nuestra vida cotidiana. Pero están ordenados

de manera muy diferente. El ordenador es el lenguaje, y éste se vale de todos sus recursos imaginativos para crear una vida de que el lector no puede dudar, porque en ella está mientras lee, y de ella va a irse al finalizar la novela, sin que esto signifique que deba olvidar lo que en el libro ha experimentado.

Demos un vistazo a la obra. La apariencia es que en ella no sucede casi nada. No obstante, suceden muchas cosas, no cesan de acaecer, y son de la más diversa índole. Aparentemente, hay, como en toda narración, un protagonista. Victorio, el boxeador que nos da la impresión de personaje principal, hacia el cual todo converge y de quien mana una ola de vida que todo va envolviéndolo, no es sino uno de tantos seres anónimos, nada heroico, peón del juego a que la vida se entrega en la novela. Bien miradas las cosas, la acción novelesca no es una historia que se cuenta, una anécdota que se desarrolla con destreza literaria. No hay sino historias que se entrelazan, vidas que se confunden, que se acercan a nuestra visión o se alejan de ella, sin que nadie las dirija con un propósito novelador. Todo viene y se va como estamos habituados a saber. El tema de la novela no es una existencia individual o de grupo, que relata un novelista experto, poseedor de recursos, astuto para conseguir efectos, penetrante para señalar detalles representativos de la condición humana. El tema de “Los días contados” es la desgracia de la vida pobre, en un tiempo de miseria, en un espacio miserable. Sin embargo, nadie crea que nos hallamos aquí rodeados de abstracciones, de metafísicas, de elaboraciones mentales comprometidas, intencionadas. Estamos en un mundo concreto, junto a gente real, en situaciones auténticas. No se trata de distraer ni de enseñar. El novelista no tiene otro compromiso que el de escribir bien su novela. Y escribir bien una novela no es, en estos días, ni copiar la vida ni, al hacerlo, atender a la retórica más respetable. Fernando Alegria sabe que escribir una novela es, simplemente, una aventura. Se la va creando y viviendo en cada vuelta y revuelta del lenguaje que la sostiene. No se quiere darle un significado ajeno a ella. Es una forma viva y en ella está su realidad.

Pero miremos de más cerca. El realismo de “Los días contados” se desenvuelve sin vacilaciones a causa de su autenticidad. Esta se manifiesta de modo inequívoco (lo decimos una vez más) en el lenguaje. El novelista ha conseguido que en él se encuentren, en unión inseparable, la forma y el contenido. Es un lenguaje que estructura el mundo novelesco de Alegria; es su atmósfera, es el proceso de su existencia, en él están admirablemente animados los hechos externos y los secretos íntimos. Este lenguaje es —para los cinco sentidos del lector— la captación exacta de la miseria que va mostrándose en el libro, con sus colores, sus asperezas, sus olores, sus amarguras, sus bullidos violentos. La gente del libro puebla barrios pobres; un boxeador inocente e infeliz, unos maratonistas, unos ladrones, unas prostitutas, unos astutos aprovechadores de la credulidad, unos asesinos de su propia vida, que la matan sin mirarla, creyendo que es lo mejor que puede sucederle. Fernando Alegria, viviendo y haciéndonos vivir entre estos hombres y mujeres, y sus sueños y esperanzas insostenibles, se nos aparece hecho un novelista nuevo, fuerte en el humor y la ternura, insobornable en la fidelidad a su quehacer de gran escritor.